

## MEDIO Y MENSAJE

JOSE FERRATER MORA  
Bryn Mawr College

### 1

Se han definido —o usado— las nociones de “medio” y “mensaje” de un modo harto simplista: el llamado “medio”, se ha dicho, conduce o transmite el llamado “mensaje”. O también: el medio es la forma mediante la cual se expresa el mensaje, el cual es el “contenido” de dicha forma. Frente a este simple dualismo de “medio” y “mensaje” se ha propuesto a veces un monismo radical; una de las últimas manifestaciones de éste es la conocida consigna de Marshall MacLuhan: “el medio es el mensaje” —lo que viene a ser lo mismo que “el mensaje es el medio”.

La consigna macluhiana es poco más que una consigna y no merece la alharaca de que ha sido objeto. Sin embargo, posee el mérito de llamar la atención sobre las dificultades con que se topa cuando se supone que hay, por un lado, “medios” y, por el otro, “mensajes”. No es menester descartar estas nociones por entero —o confundirlas adrede—, pero es necesario ser más escrupulosos en su uso.

Por lo pronto, cabe llamar “medio” y “mensaje” a los elementos de una comunicación que *funcionen* como tales, sean en principio cuales fueren tales elementos. Según ello, un elemento de comunicación que funciona en un caso como medio puede funcionar en otro como mensaje. Así, los números enteros y los decimales en el sistema numérico decimal pueden funcionar como medios —y convertirse, pues, en medios— cuando se usa una clave nu-

mérica fundada en el sistema decimal para enviar un mensaje. A su vez, puede haber mensajes numéricos a base de números enteros y decimales si, pongamos por caso, tales mensajes son respuestas a preguntas que requieren números enteros y decimales para ser adecuadamente contestadas. “Informe sobre la cotización de cierre de Industrias Petroquímicas de Alhama de Aragón, S. A.” es un mensaje verbal que puede cifrarse numéricamente —y, por descontado, descifrarse del mismo modo. “75,68”, o supuesta cotización de cierre de tales supuestas acciones, es un mensaje numérico que podría cifrarse —y descifrarse— de varios modos: por ejemplo, verbalmente. Es cierto que hay elementos de la comunicación que funcionan más frecuentemente como medios y otros más frecuentemente como mensajes, pero ello no impide que las nociones de mensaje y medio sean funcionales y relativas: funcionales, porque su papel como mensaje o como medio hace que los elementos pertinentes sean considerados respectivamente como mensajes o medios; relativas, porque la noción de medio es relativa a la de mensaje, y viceversa, no habiendo, por tanto, medio sin mensaje ni mensaje sin medio.

Los ejemplos anteriores pueden suscitar una duda legítima. Consideremos el mensaje “Pedro llegará mañana”. Las palabras ‘Pedro llegará mañana’ son, en cuanto palabras, señales que permiten transmitir el mensaje de que Pedro llegará mañana. Todas las palabras —sean “las palabras mismas”, o los morfemas y fonemas que las constituyen— son señales que sirven, o pueden servir, para transmitir un mensaje. En general, pueden servir de medio todas las señales que quepa usar para cifrar y descifrar, con ayuda de la pertinente clave (o claves) algún mensaje. Los propios sonidos o ruidos de varias clases —incluyendo gritos, gestos, etc.— pueden servir para transmitir mensajes, pero no son ellos mismos mensajes. Es cierto que gritos y gestos u otras señales similares han sido a veces considerados sin más como mensajes. Un grito de júbilo, ¿no es un mensaje que expresa júbilo? Ciertos gestos, ¿no

son obviamente gestos de desprecio? Sin embargo, para que el grito y el gesto sean respectivamente mensajes de júbilo y de desprecio tienen que funcionar como señales dentro de algún sistema simbólico cuyo vocabulario y sintaxis permita “leer” y hasta, si se quiere, “interpretar”, las señales de los modos sugeridos. Al fin y al cabo, un supuesto grito de júbilo puede ser, en efecto, “supuesto”, esto es, no ser de júbilo, sino, pongamos por caso, de desesperación. El hecho de que muchos seres humanos en la gran mayoría de los casos sepa a qué atenerse con respecto a gritos, gestos, etc., no es prueba de que éstos no sean señales; es prueba únicamente de que tales seres humanos operan, diríase que automáticamente, con sistemas simbólicos con los que están familiarizados al punto de no darse cuenta ni siquiera de que se las han con señales que transmiten mensajes. Sólo si las señales o, por lo menos algunas, fuesen expresiones “directas” de los mensajes correspondientes, o sólo si las expresiones o algunas de ellas, fuesen isomórficas con las “realidades” correspondientes, cabría equiparar, cuando menos en algunos casos, ‘señal’ con ‘mensaje’. Esta equiparación es, sin embargo, inadmisible por varias razones que dentro del presente contexto resultarán claras.

Ello equivale a suponer, desde luego, que las señales, dentro de las cuales se incluyen expresiones verbales o sus componentes, son convencionales y que, por ende, no hay conexión necesaria o intrínseca entre señal y mensaje. Esta convencionalidad suele afectar al sistema simbólico entero del cual la señal forma parte. Una vez sentada la convención, puede ligarse más “naturalmente” la señal, o sistema de señales con el mensaje, al punto que la conexión entre ambas deja de ser enteramente contingente. Aun así, el carácter convencional y la conexión no necesaria entre los susodichos elementos permanece, entre otros motivos porque las convenciones que rigen los sistemas simbólicos cambian de acuerdo con los usos, o sistemas de usos, pertinentes. Puede muy bien ocurrir que el cambio sea lento,

y casi imperceptible, pero nada de ello afecta a la convencionalidad básica de la relación “señal-mensaje”.

Ninguna señal es, pues, “natural”. Los llamados “signos naturales” no son, en puridad, signos. El humo no es signo del fuego; es resultado de la combustión de ciertos materiales en condiciones dadas. El jadear del perro no es signo de cansancio; es parte de un proceso biológico que contribuye a reducir la temperatura del cuerpo del perro. Los olores que emiten las hembras en ciertas especies animales no son signos que indiquen a los machos de la misma especie que la hembra está en celo; son parte de un proceso biológico del cual forma parte la esperada reacción del macho. Ello no excluye que tales procesos no puedan convertirse en señales o, mejor dicho, que no puedan desempeñar la función de señalar y de “acarrear” un mensaje. Basta al efecto que entren a formar parte de un sistema de señales o que sean considerados como ingredientes de tal sistema. Esta posibilidad aumenta cuando la señal es emitida por un ser orgánico —por tanto, en los casos del perro que jadea y de la hembra que emite olores para atraer al macho; el jadeo puede ser también considerado como signo de una actividad biológica y como una señal que acarrea el mensaje correspondiente; los olores emitidos por la hembra pueden ser “recibidos” por el macho como el “mensaje” de que la hembra se halla en estado de celo. Se ha estimado en ocasiones que no hay sistema simbólico propiamente dicho a menos que B responda a A en el mismo “lenguaje” que A usa y que, por ende, la reacción positiva o negativa a A no es respuesta a ningún mensaje. No lo estimamos así, por cuanto en el propio lenguaje humano corriente se dan casos de comunicación de mensajes y respuesta a ellos en lenguaje distinto del usado en la transmisión. Cuando un sargento grita “De frente, ¡marchen!”, los soldados de la escuadra no le responden: “Sí, marchamos” o “No se preocupe sargento; allá vamos” o “No nos da la gana de movernos”, etc. Lo que hacen normalmente es ponerse en marcha, o quedarse inmóviles. Des-

de luego que tienen siempre la posibilidad de reaccionar o “responder” en el mismo lenguaje usado por el sargento —o si los soldados son mudos, de usar un sistema de señales que pueda traducirse a tal lenguaje—, lo que no sucede con el “lenguaje respiratorio” del perro o con el “lenguaje olfativo” de la hembra.

Una vez reconocido todo lo anterior, quedan todavía en pie dos problemas. Uno de ellos es el de cómo, dado un sistema de señales y su correspondiente clave, es posible comunicar “mensajes nuevos” o, según a veces se formula la cuestión, “decir cosas nuevas”. De este problema nos ocuparemos oportunamente, aun cuando se puede anticipar que la posibilidad de “decir cosas nuevas” es en buena parte función de la posibilidad de combinaciones, y en parte no menor función del hecho de que un lenguaje no es en muchos casos un sistema estático y cerrado, sino dinámico y abierto, que se va auto-regulando y con ello va engendrando sus propias reglas. El otro problema es el del distinto alcance de ciframiento y desciframiento de los varios sistemas de señales y sobre él diremos de inmediato algunas palabras.

Dada la no conexión intrínseca de las señales con los mensajes, es obvio que hay que conocer, o presumir, lo que, para simplificar, llamaremos “la clave” con el fin de cifrar y descifrar una o varias señales. De todos modos, ciertos sistemas de señales poseen en este respecto lo que cabe llamar “alcance reducido”. Así, una señal tan simple como una flecha puede usarse para transmitir varios mensajes: indicar una dirección; advertir que la zona próxima a la señal correspondiente está habitada por una tribu que arroja flechas a los pasantes y que, por tanto, conviene estar precavido; delimitar una zona de estacionamiento (o prohibición de estacionamiento) de vehículos, etc. En todos los casos, la señal usada es convencional, pero suele acercarse lo más posible a una especie de representación figurada de aquello de que se trata. Para indicar una dirección pueden usarse otras señales, pero hay algu-

nas que prestarían flaco servicio —por ejemplo, una simple raya, o una circunferencia. Desde este punto de vista puede concluirse que si bien ninguna señal es “natural”, hay algunas que parecen más “naturales” o, si se quiere, más “representativas” (o “apropiadas”) que otras. La “representatividad” tiene, de todos modos, que fundarse en una previa “sintaxis” cuyo desconocimiento lleva a descifrar mal el mensaje que pueda enviarse. El color negro es considerado por algunos como una “señal de duelo”, pero hay comunidades que usan al efecto el blanco; el color rojo en los semáforos informa que los vehículos tienen que detenerse, pero en una ocasión varios grupos de guardias rojos maoístas propusieron usar el rojo para informar de lo contrario: puesto que el color rojo “simboliza el progreso”, nada, ni siquiera los vehículos, tendría que pararse, antes proseguir a toda marcha. Ahora bien, hay sistemas de señales cuyo alcance no es en modo alguno reducido; los lenguajes naturales o “lenguas” se hallan en este caso. Su “alejamiento” del nivel “representativo” es tan considerable que nada es tan poco isomórfico con la realidad como una lengua, incluyendo las porciones de ella que se usan para describir lo más fielmente posible las realidades. Ello tiene el inconveniente de que, salvo cuando se introducen al efecto numerosas restricciones, los niveles de precisión a que alcanza una lengua son más bien bajos; a fuerza de no especializarse, una lengua es un vivero de ambigüedades —lo que no es un juicio despectivo sobre las lenguas; en todo caso, no es un juicio ni más ni menos despectivo que el que podría formularse sobre los seres humanos en comparación con otras realidades mejor capacitadas para ejecutar con eficacia singular actos especiales.

Indicar que algunas señales, o tipos de señales, *parecen* más “naturales” o más “representativas” que otras no equivale a afirmar que los sistemas de señales se distinguen entre sí por su mayor o menor dosis de “naturalidad” o “representabilidad”. Si ninguna señal, o sistema de señales, equivale a ningún mensaje determinado, no es posible

admitir ni siquiera que algunas señales sean “más naturales” que otras. La expresión ‘parecen más naturales o más representativas’ es sólo un *modus dicendi*; las diferencias entre varias señales, o sistemas de ellas, radican más bien en lo que hemos llamado “alcance” y que podrá también calificarse de “usabilidad”. No todas las señales poseen el mismo alcance, esto es, no todas poseen el mismo radio de usabilidad. Las señales calificadas de “más naturales” o “más representativas” son simplemente aquellas cuyos posibles usos se hallan más circunscritos. Hay que tener en cuenta que esta condición varía de acuerdo con la función que una señal puede desempeñar dentro de un lenguaje y, por ende, de acuerdo con la estructura del lenguaje al cual pertenezca la señal. Así, por ejemplo, dentro de un sistema de señales cuya función sea la indicación de direcciones, una flecha —más precisamente, la representación figurada de una flecha— tiene un uso extremadamente circunscrito. La representación figurada de una flecha tiene un uso menos circunscrito dentro de un lenguaje ideográfico, y especialmente en una fase relativamente desarrollada de tal lenguaje. En efecto, puede suponerse que primitivamente la representación figurada de una flecha en el lenguaje de referencia ha tenido el uso referencial “flecha” —aun cuando, inclusive en ese supuesto estadio primitivo cabe “leer” dicha representación figurada de varios modos: una flecha, la flecha, las flechas, etc. En una fase más avanzada, o simplemente dentro de una estructura más compleja del correspondiente lenguaje, la representación figurada de la flecha puede tener tantos usos por lo menos como la palabra ‘flecha’. Ello no quiere decir que la palabra ‘flecha’ sea siempre ambigua; aunque las lenguas son, según se apuntó, viveros de ambigüedades, poseen los mecanismos necesarios para reducirlas. En rigor, las ambigüedades van surgiendo a medida que ciertas señales usadas con intención representativa son transferidas a otros terrenos; un caso ejemplar y extremo son los símbolos que constituyen la base del *I Ching*, o *Libro de los Cambios*: partiendo de

dos signos: una línea continua y una línea quebrada, y de las ideas de afirmación y negación supuestamente representadas por tales líneas, se pasa a combinar estas líneas, obteniéndose nombres que connotan varias nociones ligadas entre sí —lo creador, lo fuerte, el cielo, el padre; lo receptivo, lo flexible, la tierra, la madre, etc.— y de ello se pasa a la formación de hexagramas con familias enteras de significaciones para cada uno.

Lo dicho anteriormente parece chocar con una dificultad. Se ha dicho a menudo que en los lenguajes emotivos —o, más precisamente, en las expresiones emotivas, o usadas emotivamente, de un lenguaje— la “expresión” es tan directa que o bien debe reconocerse una conexión intrínseca entre señal y mensaje, o hay que concluir que la señal es justa y precisamente el mensaje. El ejemplo más frecuentemente citado al respecto es el de ciertos gestos y específicamente el de ciertas expresiones faciales en determinadas situaciones. Se admite que no todos los gestos conllevan un mensaje o son un mensaje, igual que se admite que no todas las interjecciones equivalen a un mensaje determinado: la contracción de un rostro puede interpretarse como temor, pero también como ira; la interjección “¡Ah!” puede interpretarse como expresión de admiración, pero también de disgusto. El que se interprete de un modo o de otro depende de otras señales y, en consecuencia, de un contexto de señales dentro del cual transparece el mensaje acarreado por la señal correspondiente. Se afirma a veces, en cambio, que ciertos gestos tienen un mensaje único e innegable, y que ello hace posible justamente la llamada “percepción del prójimo”. A ello responderemos que inclusive en tales casos la señal —el gesto— no es el mensaje. El pequeño enfermo “ve” en el rostro de la madre que lo cuida la preocupación o la congoja de ésta, pero no más ni menos inmediatamente que el modo como se “ve”, esto es, se “entiende” un mensaje al recibir la señal correspondiente. El error en que se incurre cuando se supone lo contrario se debe a que se entiende ‘leer’, ‘entender’ o ‘desci-



frar' una señal como una operación que requiere siempre una especie de "consulta" de la clave correspondiente. Pero el que no se "consulte" una clave no quiere decir que no la haya. Tampoco cuando entendemos lo que una persona nos dice "consultamos" ninguna clave; sin embargo, la hay, y es la serie de normas, por lo demás complejas y cambiantes, que rigen los usos del lenguaje que en cada caso se emplea. Si se nos apura, admitimos la posibilidad de que una clave haya podido hacerse "innata" y constituye una especie de dispositivo biológico o psicobiológico, y ello no sólo en relación con gestos, sino inclusive con "ideas"; aunque harto dudosa, una concepción lingüística "cartesiana" del tipo de la elaborada por Noam Chomsky, no es totalmente absurda. Pero aun en estos casos extremos, no desaparece la clave; ocurre sólo que el lenguaje correspondiente va acompañado de su clave, que está como "insertada" o "incrusteda" en un sistema de señales.

Las teorías formalmente intuitivistas, o las teorías vitalistas y hasta "instintivistas" del mensaje chocan con dificultades inclusive cuando tratan de fundarse en los fenómenos de la comunicación animal. A estas alturas no es menester ya traer a colación los procesos de comunicación de las abejas o de los delfines. Pero puede remacharse el clavo contra dichas teorías mencionando el ejemplo de la comunicación, con fines de reproducción sexual, de las luciérnagas. No sólo se ha descubierto que las hembras de cada especie de luciérnaga emiten, de acuerdo con una cierta clave, fulguraciones capaces de atraer a los machos de su propia especie, sino también que las hembras de algunas especies de luciérnagas aprenden la clave usada por hembras de otra especie para atraer a los machos de esta última.

Una dificultad mayor la plantean los lenguajes llamados "artísticos", en particular visuales, o predominantemente visuales. En efecto, aquí no parece verse cómo podría distinguirse entre señal y mensaje y, en general, entre medio y mensaje. ¿Qué mensaje acarrea una catedral gó-

tica si no es la propia catedral gótica? Pero la distinción entre señal y mensaje reaparece aquí también al advertirse que si bien la señal va juntamente con el mensaje, éste resultaría incomprensible con independencia de un sistema, usualmente muy complejo, de formas artísticas, unido a un sistema no menos complejo de usos “culturales” y de situaciones humanas. Los lenguajes de las artes visuales son más directamente “perceptibles” que los de las artes verbales y algo similar acontece con los de las artes sonoras. Nada de ello garantiza, sin embargo, que haya mensajes artísticos “innatos” —y si los hay, será en el mismo sentido en que se ha entendido la posibilidad de un cierto “innatismo” lingüístico. Lejos de no poseer ninguna clave, las expresiones artísticas suelen poseer muchas. Desde este punto de vista, el lenguaje artístico es todavía más ambiguo —aunque posiblemente más rico, cuando menos en ciertas posibilidades— que cualesquiera otros lenguajes, incluyendo las lenguas naturales empleadas en situaciones normales humanas.

## 2

Con todo lo dicho, hemos perdido un poco la pista de la noción de mensaje, y conviene volver a las andadas.

Lo dicho en la sección precedente puede llevar a hacer creer que las señales son algo así como “envolturas” de un “núcleo significativo” que de algún modo “subsistiría” por debajo de las señales. Semejante “núcleo significativo” podría entenderse como “lo que se quiere decir” en uno de los dos sentidos siguientes de esta expresión, o en ambos a un tiempo: como un significado o contenido semántico en principio independiente de las señales, o como un acto psíquico o mental, un pensamiento, una intención, etc.

Tal creencia sería infundada. Después de haber subrayado la no conexión necesaria o intrínseca entre señal y mensaje, es menester poner de relieve que este último no es una realidad subsistente por sí misma y que pueda o no transmitirse mediante señales. La noción de señal y, en general, de medio es, en efecto, siempre relativa a la de

mensaje. Una señal sin mensaje no pertenece a ningún sistema simbólico y no es, propiamente hablando, una señal. Un mensaje sin señal no es un mensaje, porque le es esencial a éste la transmisión —no sólo la posibilidad de transmisión. *Mutatis mutandis*, un mensaje sin señal podría compararse a una intención absolutamente desligada de todo acto, incluyendo el acto de cancelar la intención, de debatir acerca de si se va a llevar o no a cabo, etc. No es menester concluir que la intención forma parte de un determinado acto o serie de actos, aunque es razonable pensar que si hay realmente una intención se da dentro de una trama de actos. No es menester tampoco concluir que un mensaje forma parte integrante de una señal o conjunto de señales; basta negar que haya algo así como un “mensaje puro”. Lo que se llama “mensaje” está articulado con señales, simplemente porque ‘mensaje’ es ‘transmisión de mensaje’, y porque el acto de transmitirlo se lleva a cabo mediante señales.

Definir ‘mensaje’ como “lo que A transmite a B de suerte que B recibe en principio el mismo mensaje que le transmite A” es justo, pero no nos lleva muy lejos. Por lo pronto, semejante “definición” incluye el término ‘mensaje’, que es el que se trataba justamente de definir. Puede eliminarse dicho término sustituyendo ‘el mismo mensaje’ por ‘lo que’ (‘lo que le transmite A’), pero el resultado así obtenido no es muy provechoso. De un lado, y aun suponiendo únicamente un emisor y un receptor, el mensaje no es habitualmente un movimiento en una sola dirección; lo que A transmite a B presupone alguna reacción por parte de B. De otro lado, el proceso de la transmisión incluye no sólo uno o varios medios, sino también uno o varios “canales”. Supongamos, sin embargo, que por el momento no necesitamos ocuparnos de estos factores; aun así, se dice muy poco, si algo se dice, al hablar de “lo que” un emisor envía a un receptor, porque de lo que se trata es justa y precisamente de saber qué es lo que le envía.

Cortaremos por lo sano y manifestaremos que todo men-

saje es una información. Entendemos este último vocablo en una forma muy amplia: si A dice a B que Enrique llegará mañana, A envía a B el mensaje de que Enrique llegará mañana; si A ordena a B que cierre la puerta, A envía a B el mensaje de que cierre la puerta; si A pide a B que le preste veinte mil pesetas, A envía a B el mensaje que consiste en la petición de prestarle veinte mil pesetas, y así sucesivamente. Expresándonos menos formalmente, hay información siempre que se profiera algo, lo cual depende, naturalmente, de si la expresión usada ejerce una función dentro de un “juego lingüístico” —en un sentido asimismo muy amplio de ‘juego lingüístico’. Así, por ejemplo, la letra ‘r’ puede acarrear información si constituye el mensaje que responde a la pregunta “¿En qué consonante terminan todos los verbos españoles en modo infinitivo?” Por otro lado, la palabra, ‘despedir’ no acarrea ninguna información si no funciona dentro de un contexto determinado, que a su vez forma parte de una situación determinada —por ejemplo, la situación de lo que cabe hacer con gentes que no llevan a cabo la labor que les ha sido asignada.

El término ‘información’ posee un alcance todavía más amplio del indicado en tanto que es, por lo pronto, neutral con respecto a todo contenido semántico. Aquí restringiremos el alcance de ‘información’ a los contenidos semánticos, pero notaremos que rigen para ellos ciertas condiciones generales que se aplican a toda información, sea o no semántica.

Propio de toda información y, por ende, también de toda información semántica es que cuanto se diga sea función de lo que “pueda decirse”. Consideremos un caso simple.

Si A dice a B que el actual embajador de Italia en París se retirará de su puesto el año 1970, A usa como señales la expresión ‘El actual embajador de Italia en París se retirará de su puesto el año 1970’. En cuanto señales, las palabras, morfemas, fonemas, etc. que constituyen di-

cha expresión no equivalen a ningún mensaje. Este es la información que el emisor cifra con las señales verbales y que el receptor descifra, o se espera que pueda descifrar, sirviéndose de la misma clave, o claves, usadas por el emisor. La cantidad de información así transmitida es función de lo que el receptor no espera y, en general, no sabe, o no sabe todavía. Si, por ejemplo, sólo Italia tuviese, dentro del período histórico que nos concierne (y que, como muchos otros factores, se da por supuesto), embajadores, y, por si fuese poco (o demasiado) un solo embajador y en París, no habría necesidad siquiera de decir 'El actual embajador de Italia, etc.'; 'El embajador' sería suficiente, y lo demás redundante. La redundancia puede prestar utilidad en virtud de posibles interferencias, tanto semánticas como no semánticas; por inadvertencia del emisor o por defecto del aparato transmisor podría haberse dicho 'El actual trabajador...', con lo que las expresiones 'de Italia' y 'en París', redundantes con respecto a 'el actual embajador', hubiesen prestado el servicio de permitir restablecer el mensaje "original". Por lo demás, función análoga puede prestar el conocimiento de la "situación" en la cual se transmite el mensaje; si el emisor y el receptor son funcionarios del cuerpo diplomático, es improbable que 'el actual trabajador' sea descifrado incorrectamente. Ello indica, sea dicho de paso, que una teoría de la información relativa a mensajes con contenido semántico y expresados en una lengua corriente puede tener presentes otros factores que las señales efectivamente transmitidas. Tales factores no son, en efecto, elementos más o menos "misteriosos" que permitan a B recibir el mensaje que A efectivamente le envía. Son susceptibles de descripción y, por tanto, pueden, a la postre, entrar a formar parte de un sistema de señales dentro del cual tiene lugar la transmisión del mensaje.

Este último punto merece ampliarse con un breve comentario. Se indicó antes que es inadmisibles entender por 'mensaje' un "pensamiento" y, en general, un acto psíqui-

co, o mental, que el emisor transmitiría por medio de señales al receptor y que estaría contingentemente ligado a ciertos medios de transmisión. Por otro lado, se hace auestas descartar por entero los actos psíquicos y no tener en cuenta las “intenciones” —por ejemplo, la intención que consiste en querer decir lo que se dice o lo que, queriendo decirse, se alcanza a decir sólo a medias. Por fortuna, hay un modo de tener en cuenta dichos actos sin necesidad de hacer de ellos el único “contenido” del mensaje: consiste en integrarlos en el mensaje como parte del acto de transmisión. Con ello no se prejuzga todavía la espinosa cuestión del carácter de los llamados “actos psíquicos” o “mentales”. Pero sea cual fuere la opinión que se sustente al respecto, habrá que convenir en que tales actos carecen de sentido dentro de la comunicación de mensajes a menos que sean cifrables y descifrables —lo que comporta, por supuesto, la posibilidad de no ser adecuadamente cifrados o descifrados y de estar sometidos a toda suerte de interferencias. De este modo puede afrontarse el problema de lo que cabe hacer con “lo que se quiere decir y no se alcanza a decir”. No hay entonces ninguna razón por la cual “lo que se quiere decir y no se alcanza a decir” no forme parte del mensaje. En efecto, la información incluye asimismo información de que se quiere decir algo que no se logra decir. Por supuesto que semejante información tendrá que ser asimismo cifrable y descifrable; si no hay ninguna clave por la cual B no pueda leer en las señales que les envía A la menor sospecha de que A quiere decir algo que no alcanza a decir, lo que A quiera decir sin alcanzar a decirlo no formará parte del mensaje, y hasta podrá dudarse de si es posible que A quiera decir algo que no logra decir a menos que, de algún modo, alcance a hacer entender que no logra decirlo, o, lo que viene a ser lo mismo, a menos que B se halle al tanto de los elementos que contribuyen a la información. Ello nos obliga a ampliar considerablemente los elementos que constituyen un mensaje, y a incluir entre las señales no sólo las efectivamente transmitidas, sino

también otras que se hallan implícitas, o se den por entendidas en la transmisión, pero no hay más remedio que admitir semejante ampliación, cuando menos en muchos casos de comunicación humana, y en particular de comunicación humana verbal. Consideremos, por ejemplo, las palabras 'Llegaré mañana'. Estas palabras proporcionan una información, pero es evidentemente incompleta. Qué día se entienda por 'mañana' depende de qué día se tome como 'hoy' —y, por tanto, de la interpretación dada a un "índice". El que transmite, o profiere, las palabras 'Llegaré mañana', no indica cómo llegará, pero el que "recibe", u oye, las palabras puede poseer información previa (asimismo, claro está, objeto de posible preferencia y transmisión) acerca del modo de transporte usado por el emisor. El receptor puede poseer asimismo información acerca de las costumbres, buenas o malas, constantes o inconstantes, del emisor, al punto que si éste es una persona que no cumple sus promesas o suele usar las palabras con fines no inmediatamente aparentes, cabe inclusive entender que si el emisor anuncia que va a llegar mañana, *no* va a llegar mañana, sino pasado mañana, o nunca. O consideremos el ejemplo dado por Bloomfield, el del niño que dice "Tengo hambre" con la intención de que su madre no lo acueste. Un mensaje incluye el significado de los términos verbales usados en él —sea lo que fuere que se entienda por 'significado', que es harina de otro costal. Por tanto, en el caso presente incluye el significado de 'Tengo hambre' —esto es, lo que se entiende normalmente cuando se dice 'Tengo hambre'—, pero este significado no constituye toda la información; la madre entiende lo que quiere decir 'Tengo hambre', pero entiende asimismo que estas palabras son usadas con otra intención y, por tanto, no significan lo mismo, o no se usan con el mismo propósito que cuando ordinariamente se dice 'Tengo hambre'. Podría pensarse, pues, que 'Tengo hambre' pertenece a un lenguaje infantil que usa 'Tengo hambre' para decir 'No quiero ir a la cama'. Pero cuando el niño dice 'Tengo hambre' dice asimismo

‘Tengo hambre’. En el caso que nos ocupa, pues, ‘Tengo hambre’ dice lo que quiere decir en virtud de la situación en la cual se dice. En algún modo, el significado de ‘Tengo hambre’ es el uso que de esta expresión se hace en una situación dada, pero ello no elimina el significado digamos “originario” de la expresión, que puede asimismo ser función de su uso. Tenemos aquí, pues, el uso de un significado, que es a la vez un cierto uso de un cierto uso; el último queda eliminado, pues la expresión no se usa ya del modo “normal”, pero no queda eliminado totalmente el significado; sólo ocurre que se interpreta este significado del modo que hace al caso. El niño trata de engañar a la madre (sabiendo, por otro lado, que no la engaña y siendo semejante “engaño” parte de un juego donde los engaños son inmediatamente entendidos como tales y dejan, por tanto, de serlo). A tal efecto es menester usar ciertas expresiones como señales; el niño no dirá, pongamos por caso, ‘Estoy cansado’, porque ésta sería razón sobrada para acostarlo inmediatamente (Es improbable que diga “‘Ser’ se dice de muchas maneras”, aunque, en puridad, si lo dijese y su madre cogiese al vuelo esta venerable propuesta, el resultado perseguido por el niño sería probablemente aún más efectivo: ¿cómo seguir insistiendo en que se acueste prontamente un chaval que suelta como si tal cosa una parrafada de Aristóteles?). En suma, debe tenerse *asimismo* en cuenta en los mensajes “lo que se quiere decir” —lo que en modo alguno hace de todo decir un “querer decir” y de todo enunciado una intención de enunciar—, pero entiéndase que se dice de algún modo y mediante señales cuya clave se halla, o se espera que se halle, en posesión del recipiente.

Casos similares abundan cuando por alguna razón (o sinrazón) no se puede decir *stricto sensu* lo que se quiere decir. ‘El Rey de Irlanda es estúpido’ quería decir, para los checos que estaban dentro de la órbita del Imperio austro-húngaro ‘los Habsburgos son estúpidos’, y ningún checo pretendía que quería decir otra cosa. Cuando impe-



ra el terror político, o policíaco, los ‘Tengo hambres’ se multiplican —con la esperanza de que sólo los entiendan quienes deban entenderlos. Pero en todos los casos se requiere una clave que permita descifrar la señal enviada —que en este caso es un “significado”. Cuando se habla irónicamente, se sobreentiende que el que oye va a entender lo que se dice, pues de lo contrario no se comunicaría el pertinente mensaje irónico. Y así sucesivamente.

Las señales dobladas de significados para significar otra cosa que éstos, permiten entender que las expresiones usadas siguen siendo instrumentales, pero lo son dentro de un cierto “juego” o “conjunto de juegos”. El mensaje “Enrique llegará mañana” es *mutatis mutandis* igual al mensaje *Heinrich wird morgen kommen*, independientemente del hecho de que el primero conste de tres palabras y el segundo de cuatro (asumiendo que *wird* es una palabra, lo que es asunto discutible y discutido). Se puede usar un lenguaje cifrado para transmitir el mensaje de que Pedro llegará mañana; por ejemplo “La bomba está preparada”. Pero si poseemos la clave pertinente, al descifrar ‘La bomba está preparada’ obtendremos ‘Pedro llegará mañana’. No es que ‘La bomba está preparada’ signifique, en español, ‘Pedro llegará mañana’; lo que sucede es que ‘Pedro llegará mañana’ se usa como señal, independientemente de su significado, o de los usos corrientes que la expresión posea.

La concepción del mensaje como información transmitida por medio de señales en las que se cifra y desde las cuales se descifra el mensaje con ayuda de una o varias claves (que incluyen en muchos casos los factores que constituyen la situación en la que se transmite el mensaje) permite responder a quienes insisten en que hay modos de decir indirectos —no sólo oraciones indirectas u oblicuas dentro de un lenguaje, sino enteros lenguajes o “juegos lingüísticos” indirectos. En efecto, no hay el menor inconveniente en incluir en dicha concepción la posibilidad de tales modos, o lenguajes —de los que cabe dar como ejem-

los no sólo muchas frases usadas en numerosas situaciones, sino también vastas porciones de la literatura, y algunas interesantes expresiones filosóficas, desde Sócrates hasta —y sobre todo— Kierkegaard. No hay razón que impida cifrar y descifrar lenguajes indirectos no sólo para traducirlos a lenguajes “directos”, sino inclusive para entenderlos como tales lenguajes indirectos. De otra suerte, un lenguaje indirecto no sería ni siquiera un lenguaje. En este sentido cabe concluir que los modos de decir indirectos suponen, o acarrear, asimismo información.

### 3

Hasta ahora hemos venido insistiendo en que si bien las nociones de “medio” —señal o complejo de señales— y “mensaje” son relativos entre sí, son al mismo tiempo extrínsecos uno al otro; un elemento de la comunicación puede funcionar, según los casos, como señal o como mensaje, pero si funciona de un modo no funciona del otro. Las señales en tanto que señales no acarrear intrínsecamente, o por sí mismas, ningún mensaje.

Seguiremos manteniendo esta posición, la cual equivale a mantener que no hay, para usar el vocabulario de Peirce, puros “íconos”, esto es, señales (o signos) que se refieran a un determinado objeto en virtud de los caracteres propios de la señal (o del signo). Los que parecen tales necesitan, con el fin de representar lo que se supone que por sí mismos representan, alguna convención suplementaria. Sucede así aun en casos extremos: un diagrama de una polea exhibe la estructura de una polea de acuerdo con ciertas normas; no es, pues, una pura representación de la polea. En cuanto a la propia polea, es una polea y no una representación de sí misma. Tanto más ocurrirá, pues, en otros tipos de señales, como, por ejemplo, los términos o elementos de un lenguaje “natural”.

Ahora bien, ello no impide reconocer que hay modos diversos de relación entre señales y aquello de que son señales y, por tanto, entre las señales y los mensajes que

éstas puedan acarrear. Trataremos algunos de estos modos de relación a la carrera.

1. Según se apuntó ya, las señales poseen diversos “alcances”; dicho de otro modo, no todas las señales son igualmente apropiadas para el uso que se quiere hacer de ellas. Aunque, en principio, cualquier señal podría serlo de cualquier “cosa”, la cantidad de convenciones y reglas que habría que establecer al efecto sería tan considerable que pronto habría que abandonar la empresa. Por lo demás, se advertiría que, a fuerza de querer mantener un absoluto “convencionalismo”, se llegaría a una cierta forma de “ideísmo”: la función de las señales sería simplemente llevar una “idea” a la mente.

2. Una señal se articula de muy diversos modos con aquello de que es, o se supone, o se conviene, que es señal. En cualquier caso, la señal (o grupo de señales) acarrea alguna información —en el amplio sentido de ‘información’ previamente dilucidado—, pero esta información es acarreada muy diversamente. Una señal —suponiéndola, por el momento, y con el fin de no complicar demasiado las cosas, suficientemente “completa”— puede a veces ejercer función de indicar. Otras veces ejerce la función de representar. Otras es símbolo de algo; otras, nombre de alguna cosa, acontecimiento, etc. Las señales siguen siendo, en principio, extrínsecas a aquello de que son señales, pero no hay razón para creer que hay un solo modo de ser ‘extrínseco a’. Hay, en rigor, muy diversos modos de ser ‘extrínseco a’; tantos, por lo menos, como modos en que una señal funciona como tal.

3. Las señales pueden considerarse de dos maneras: como señales-acontecimientos y como señales-símbolos. Una señal-acontecimiento es única y puede equipararse a un proceso, generalmente, si no exclusivamente, físico. Así, la señal ‘mesa’, tal como acabo de usarla, es única. Una señal-símbolo, en cambio, no es única. La señal ‘mesa’, tal como acabo de usarla, sigue siendo tan única como la anterior señal ‘mesa’, pero ambas señales constituyen ejemplos o

casos de la señal-símbolo 'mesa'. No es menester hipostasiar la señal-símbolo 'mesa' ni, desde luego, ninguna señal-símbolo, como si las señales-símbolos fuesen realidades ideales, existentes, o subsistentes, en un supuesto mundo ideal o inteligible. No es menester tampoco considerar que una señal-símbolo es una abstracción mental o intelectual de señales-acontecimientos. Las señales-símbolos son regularizaciones de señales-acontecimientos. Esto no comporta que una señal-acontecimiento tenga que reiterarse cierto número de veces para constituirse en señal-símbolo; basta que una señal entre a formar parte de un sistema de señales y ejerza una función (o varias) dentro del sistema.

4. Los modos como las señales funcionan para los mensajes son los propios mensajes; en *este* sentido, la señal (si se quiere, el medio) es el mensaje. Pero 'señal' quiere decir 'modo (o modos) de funcionar una señal'. No es, pues, que una señal sea un mensaje independientemente de los procesos de ciframiento, desciframiento y de las reglas pertinentes. En rigor, un sistema de señales-símbolos es tal justa y precisamente porque conlleva un conjunto de reglas, las cuales permiten cifrar y descifrar las señales y, por tanto, entenderlas, no entenderlas, interpretarlas bien o mal, adecuada o inadecuadamente, confundirlas, etc., etc.

5. Las convenciones en que se fundan los usos de las señales son las reglas que se establecen para tales usos. Estas reglas son, como todas las reglas, convencionales, pero ello no quiere decir que se trate de "acuerdos previos"; las reglas siguen siendo convencionales aun cuando se establezcan y desarrollen "naturalmente". Por lo demás, aun las propias convenciones están limitadas por las estructuras a las cuales dan lugar. Las estructuras de los sistemas de señales-símbolos son muy diversas y poseen diversos grados de rigidez —o de flexibilidad; en puridad, una estructura no es sólo un sistema de limitaciones, sino también uno de posibilidades, pero es razonable pensar que éstas no son en ningún caso ilimitadas.

6. Los mensajes pueden clasificarse de muchos modos:

cada clasificación de lenguajes corresponde a una clasificación de mensajes, o tipos de mensaje; lo mismo ocurre con listas de “juegos lingüísticos”, etc. Apuntaremos aquí simplemente que las propias señales, así como las reglas para su manejo, pueden constituir el “contenido” de un mensaje, en cuyo caso, naturalmente, debe emplearse un metalenguaje para la transmisión de la información relativa al lenguaje que es el “contenido” del mensaje. En general, los mensajes pueden ser intra-lingüísticos o intra-simbólicos y extra-lingüísticos o extra-simbólicos, con numerosos casos en los que se dan ambas formas. Ciertos mensajes tienen interés particular, porque la información que acaorean es de carácter “demostrativo”, esto es, apuntan al emisor del mensaje y al lugar, momento, situación, etc. de éste. Estos mensajes contienen términos llamados “indéxicos”, que plantean numerosos problemas a los que nos referiremos oportunamente.

7. En los sistemas de señales-símbolos que nos interesan particularmente —los sistemas verbales—, tenemos complejos sistemas simbólicos que pueden caracterizarse, por lo menos provisionalmente, como objetivaciones de actos humanos. Entendemos por ‘actos humanos’ toda la gama de realizaciones de que tenemos experiencia, o noticia, por parte de seres humanos; por consiguiente, no sólo acciones, sino también pensamientos, intenciones, propósitos, emociones, etc. Tales “actos” tienen lugar en el mundo —natural y social— y se fundan, por tanto, en lo que es, para nosotros, “la realidad” —en el sentido de este término transreferencial abundantemente dilucidado en el libro *El Ser y el Sentido*. Admitimos, con ello, que nuestra concepción de los sistemas de señales-símbolos se funda, a la postre, en una cierta idea de la realidad que es, en último término, la expresión de un cierto compromiso con respecto a lo que entendemos por ‘realidad’ —esto es, “el mundo que hay”. Por cierto que ello no nos impide reconocer la posibilidad de invenciones y creaciones. Pero éstas no son, a nuestro entender, la producción de mundos

irreales, sino más bien la invención de nuevos “mundos” —o, para ser más exactos, de nuevas dimensiones del mundo. En este sentido, una lengua es una invención. No es la producción de algo “no real”, ni tampoco una mera duplicación de realidades. Los sistemas de señales-símbolos son realidades-sentido —si se nos permite esta intromisión ontológica en un trabajo que hasta ahora ha tendido a soslayar este género de intrusiones.

## SUMMARY

1. This article is an attempt to define the terms "medium" and "message", and to indicate some of the ways in which the two are related. Also discussed are a number of the difficulties which occur when both notions are deliberately confused, or when it is supposed that there are on one hand "mediums", and on the other "messages".

For the moment it is convenient to think of "medium" and "message" as the elements of a communication which *function* as such. It is true that there are elements of communication which function more frequently as mediums than as messages, but that does not exclude the fact that the notions of message and medium are functional and relative: functional because their role as message or medium allows one to consider them respectively as messages or as mediums; relative because the notion of medium is in relation to that of the message, and *vice versa*. In fact, there cannot be a message without a medium or a medium without a message.

Generally speaking, we can term mediums all the signs which can be used, with the help of certain keys, to decipher a certain message. But even in the case where the signs are isomorphic with the realities to which the messages correspond, it would still be impossible to collate sign and message. This means that all the signs are conventional—an isolated sign as much as an entire symbolic system—and that therefore there is no necessary or intrinsic connection between sign and message. What are known as natural signs are not strictly speaking signs at all, although they might become so and fulfill the function of designation to the extent to which they form a part of a system of signs. The fact that they come to be considered as components of a system of signs is what allows them to "carry" a message, independently of the fact that they are cases of communication of messages and of responses in a different language from that in which they were transmitted.

Given the lack of intrinsic connexion of the signs with the messages, it is obvious that one needs to know the key in order to cipher and decipher a certain system of signs. Even the simplest of signs can be used to transmit various messages, but in every case it will be a conventional use. Although at times it may seem that the use of a certain signal is more "natural" or more "appropriate" by being closer to the representative level, it will always

be a conventional use and the "representativity" will be based on a former syntax, the ignorance of which leads us to decipher the message wrongly. The expressions "to seem more natural" or "to seem more representative" are merely *modi dicendi*; the differences between various signs and systems arise from the differences in their scope or, rather, in their radius of usability. The most natural or most representative signs are those whose possible uses are more circumscribed, although this varies according to the function they fulfill within a language.

The above seems to encounter a certain difficulty. It is often said that in emotive languages, the expression is so direct that it forces one to recognize an intrinsic connection between sign and message, or else to conclude that the sign is actually the message. The weakness of that point of view is to presuppose that the understanding and deciphering of a sign demands a previous consulting of the corresponding key. But the key does not disappear even in the most extreme cases, like for example the comprehension of a gesture or interjection. What happens is that the key is inserted in the system of signs, either as the series of norms which governs the uses of the language, or as the consideration of a context of signs within which is the message to be deciphered. Languages that we call artistic, especially the visual ones, present another difficulty. But in these cases the distinction between sign and message is still maintained. The sign goes together with the message, but this would be incomprehensible if it were independent of a system of artistic forms, cultural uses and human situations. Far from possessing no keys, artistic expressions have many.

2. Having emphasized the absence of a necessary or intrinsic connexion between sign and message, we must now stress that the latter is not in itself a subsistent reality which may or may not be transmitted by way of signs —whichever way this reality is understood, whether as a meaning independent of the signs or as a psychic act, a thought or an intention. On the other hand, the sign cannot be understood as a covering for a "meaningful nucleus" which in some way subsists in it. The notion of the sign and in general of the medium is always relative to that of the message. There can be no message without a sign, because what we call message is "transmission of message" and the act of transmitting it is realized through signs.

Every message is an information, in a very wide sense. There is always information when something is proffered, which depends naturally on whether the expression used fills some function within a "linguistic play" —using the expression in a very wide sense



too. Here the scope of the word information is restricted to the semantic contents, but we point out that these are ruled by certain general conditions which apply to all information, whether semantic or not.

A quality of all information and consequently of all semantic information is that whatever one says is a function of what "can be said". A theory of information relative to messages with semantic content and expressed in common language can consider factors other than the signs actually transmitted, like for example knowledge of the situation in which the message is transmitted, but such factors are not more or less "mysterious" elements which allow the receiver to receive a message, but elements susceptible to description which as such may come to form part of a system of signs with which exists the transmission of the message. This allows us to bear in mind the psychic or mental acts without making them the only content of the message; that is to say, it allows us to integrate them into the message as a part of the act of transmission. This implies no comment on the difficult question of the character of psychic or mental acts, it simply accepts that such acts lack meaning within the communication of messages unless they are cipherable and decipherable. In this way the elements which constitute the message are considerably amplified, and included among the signs are not only the ones actually transmitted, but others which are implicit or are understood in the transmission. Such amplification is indispensable, at least in the field of human communication, especially in that of human verbal communication.

The conception of the message as information transmitted through signs in which the message is ciphered and deciphered with the help of one or various keys (which may include the factors that constitute the situation in which the message is emitted) provides us with an answer to the question of there being indirect modes of expression, that is, entire indirect languages and not only indirect or oblique statements within a language.

3. We maintain the thesis that the notions of medium —sign or complex of signs— and message are relative to each other but at the same time extrinsic. However, this does not prevent one from recognizing that there are different kinds of relation between the signs and the messages. Here we have enumerated some of the kinds of relation: 1) Although in principle any sign could designate any thing, the quantity of conventions and rules that would have to be established could in some cases be considerable. Signs have each a different scope and not all are apt for the use one wishes to make of them. 2) Signs are extrinsic to whatever it is

a sign of, but we should not suppose that there is only one way of being extrinsic to something: a sign can be the symbol of something, but at other times it can be the name of a thing or an event, or can also fulfill the function of indicating or of representing, etc. 3) Signs can be considered in two ways: as sign-events or as sign-symbols. A sign-event is unique and can be compared to a process that is generally though not exclusively physical. A sign-symbol on the other hand is nothing more than the regularization of sign-events. This does not mean to say that a sign-event has to be reiterated a certain number of times for it to be sign-symbol; it is enough that a sign should form part of a system of signs and have a function. 4) Sign means the way or ways in which a sign functions. The way in which the signs work for the messages are the messages themselves. In *this* sense the sign (the medium) is the message. Strictly speaking, a system of sign-symbols is such precisely because it supports a set of rules which allow the ciphering and deciphering of the signs. 5) The conventions upon which the uses of the signs are based are the rules that are established for such uses. These rules are conventional although they establish themselves and develop "naturally". 6) For each classification of languages there is a corresponding classification of messages. Here we observe only that the signs themselves, like the rules for using them can constitute the "content" of a message, in which case a metalanguage must be used for the transmission of the information. 7) Complex systems of sign-symbols can be characterized as objectivations of human acts. We understand by "human acts" the whole range of realizations of which we have experience or knowledge among human beings. Such acts are accomplished in the world — natural and social — and they are based therefore on a certain idea of reality. In this sense a language is an invention. It is not the product of something "real" nor a mere duplication of realities: the systems of sign-symbols are reality-meanings.

*(Translation by Max Lambert)*